

Los que encontré en el camino



"Mossen Miquel Melendres i Rué"

Camil GEIS, prev.

Mossén Miquel Melendres y Rué nació en Gerona en 1909.

Era sobrino de mossén Miquel Rué, Maestro de Capilla de la Catedral gerundense, que cooperó eficazmente a la dignificación de la música sagrada en nuestra diócesis, siguiendo las normas promulgadas por el Papa Pío X en su «Motu Proprio».

Conocí a Miquel Melendres en el Seminario Conciliar de Gerona. Le aventajaba yo de varios cursos en la carrera eclesiástica.

Recuerdo al pequeño estudiante de Gerona, como si todavía le viera: bajito, algo regordete, inquieto, vestido con marinera —traje de niño muy corriente en la época—, con una corbata de amplios lazos inchados... Al recordárselo yo, muchos años después, apostillaba él: «Si, una corbata difícil, estarrufada...».

Muchos años después, puesto que con el traslado de mossén Rué a regentar la Capilla de Música de la Catedral de Tarragona, la familia Melendres-Rué también pasó a residir en aquella ciudad. Allí, Miquel Melendres continuó sus estudios eclesiásticos y allí ejerció el ministerio sacerdotal.

Trasladado él a Tarragona, y yo, años más tarde, a Barcelona, nos desenvolvimos en ambientes, a más de alejados, distintos. Yo me lancé al apostolado de la música sagrada, mientras que él se dedicó especialmente al periodismo. Pero algo nos unió, y era el cultivo de la poesía.

Quién sabe si Melendres rehuyó el camino de su tío Rué, en los intrincados vericuetos de la música sagrada, por haberse dado cuenta al lado de él, de la escasa importancia que en nuestras latitudes eclesiásticas se venía concediendo a dicho apostolado artístico. Esto, en una época en que el Papa —un santo: años después S. Pío X— urgía la dignificación de la música en la Liturgia. Las normas de Pío X no han sido desvalorizadas —a pesar de lo que algunos pretenden— por las consignas del Concilio Vaticano II. La introducción de las lenguas vernáculas en la liturgia da primacía al canto popular, pero no proscribe, ni mucho menos, ni el canto popular, ni la polifonía. Y téngase presente que el canto popular estaba ya admitido y recomendado antes del Concilio en las celebraciones no estrictamente litúrgicas. Lo que ha sucedido es que, con la introducción de las lenguas vernáculas en la Liturgia, el canto popular ha pasado a tener la primacía en la hermandad con el gregoriano y la polifonía. Pero, ya por pasión, ya por ignorancia, ya por ambas cosas conjugadas, se ha ido tergiversando el sentido de las normas del Concilio en este aspecto.

Y, ya dejando este inciso, volvamos al tema.

Alejados por la geografía, Melendres y yo, escasamente nos vimos. Citaré algunos memorables encuentros.

Nos encontramos en unos solemnes Juegos Florales celebrados en Vilafranca del Panadés en 1948 —él, mantenedor; yo, obtentor de uno de los premios ordinarios: la Viola d'Or—; nos vimos en Sabadell, en 1951, con ocasión de venir él a predicar el sermón de la fiesta de San Sebastián, patrón del Gremio de Fabricantes de la Ciudad; y nos encontramos en Barcelona, en 1953, en el Homenaje Diocesano a mossén Jacinto Verdaguer, con motivo de su muerte —acto presidido por el Arzobispo Gregorio Modrego— al que Melendres y yo fuimos invitados a tomar parte activa.

Semejantes y dispares, al mismo tiempo, en el quehacer literario, más que nuestra relación personal, será curioso recordar la relación poética que quiso encontrar entre Melendres y yo, en el fondo de nuestra producción literaria, el agudo y erudito crítico que un día fue de «El Correo Catalán», Dr. Jaime Barrera, en un artículo publicado en dicho periódico el día 12 de junio de 1936, en una de sus secciones —Ecuaciones y Antítesis— bajo uno, también, de sus varios seudónimos —Leonardo de Torres— en cuyo artículo nos honraba al asociarnos al recuerdo de «l'abbé Louis le Cardonel», el insigne poeta francés que acababa de fallecer. En dicho artículo el Dr. Barrera esbozaba una semblanza de nosotros, entonces jóvenes, que, tal vez la madurez no haya sustancialmente desmentido.

* * *

Reproducimos textualmente el artículo del Dr. Jaime Barrera, titulado: **Le Cardonel, Melendres, Geis**.

«Acaba de morir el poeta francés Le Cardonel, autor de **Carmina Sacra**. El abate Louis Le Cardonel, un poco peregrino y amigo de darse ambientes cambiantes cambiados, es el tipo del sacerdote poeta. De él ha escrito el abate Calvet: —Le Cardonel es la poesía misma, más profundamente poeta porque es sacerdote, más profundamente sacerdote, porque es poeta—. Al acatar al poeta, se tenía que rendir homenaje al sacerdote, porque él hizo consustancial la poesía con el sacerdocio. Este alto ideal dejó proclamado en un verso, en el cual manifiesta el deseo:

«d'accorder la cithare au geste de bénir.»

Bendición de Dios fueron los poemas del abate Le Cardonel, como la que él daba en el altar, celebrada la misa.

La muerte del gran poeta católico, como le llaman sus compaisanos, viene a presentarnos al abate Le Cardonel como excelsa terminación de comparación, siempre que de poetas sacerdotes tengamos que hablar y ahora tenemos ocasión propicia, con la publicación del nuevo libro de poemas del Rdo. Camilo Geis, **Glossari de Pietat**.

Entre los sacerdotes poetas de la hora actual, emergen las destacadas personalidades de

don Camilo Geis y de don Miguel Melendres. De ellos puede decirse que su poesía es inseparable del sacerdocio, aunque su sacerdocio no tenga en la poesía aquella intensidad vibrante y vital que nos admira en el autor de **«Carmina Sacra»**.

Tiene Le Cardonel aquel acento latino y romano, expresión de su alma embebida de vida espiritual, que él mismo se reconocía, como hacimiento de gracias a Dios.

Y es que en la Casa del Padre hay muchas moradas. Sextas moradas, moradas teresianas, fueron las del poeta francés: de aquí la pureza del ambiente divino que se respira en las estancias poéticas del gran peregrino de Asís.

D. Miguel Melendres, sacerdote poeta, suele ponerse, por lucubración mental, en estado de una emoción personalísima que luego se traduce en espejo y en enigma —por decirlo con frase paulina— y dice venir del Monte de la Mirra, y lo que pasa, en realidad, es que baja de su cuarto cielo de elevación lucubrativa. Arco de continua tensión, el verso trabajado, la estancia retorcuelada por la mente de Melendres. Pero esta es otra de las muchas moradas de la Casa del Padre.

Camilo Geis, sacerdote poeta, como Miguel Melendres, acaba de publicar **«Glossari de Pietat»**, con un estudio proemial del Reverendo don Pedro Verdaguer.

El Reverendo Geis glosa motivos de piedad cristiana, de cara al pueblo que le ha de leer, acariciando su oído con la gracia de un lenguaje extraordinariamente musical, con una pureza de dicción elevadora de quien le presta atento oído, y con un efusivo sentido de piedad que tiene de tradicional y de popular de nuestra Cataluña, que será cristiana o dejará de ser.

Hay una poesía religiosa al servicio del pueblo fiel, esta es la de Verdaguer y de Geis; existe una poesía religiosa de alta tensión para uso de mentes ágiles, y esta es la de Le Cardonel y de Melendres. Recompensa de aquellos, la de encarnar en labios del pueblo; recompensa de estos, oírse alabados por quienes saben reconocer la maravilla de un modo especulativo, aunque no se dejan ganar por la corriente espiritual y divina del contenido de los poemas. Voltaire amaba toda poesía que se resuelve en filosofía.

Tenía Le Cardonel la ventaja de escribir en un idioma literariamente perfecto; tiene Melendres la desventaja de tener que elaborar un modo idiomático conveniente a su modo de concebir. De aquí los altibajos clásicos y arbitrarios.

Tiene Geis la gracia de saber aristocratizar las formas populares del idioma.

No queremos pronunciarnos hoy por determinada escuela, nos proponemos señalar las características, si no de escuela, de modos personales de producirse.»

Así hablaba el Dr. Barrera en 1936.

Se me antoja afirmar que los años fueron ratificando el juicio entonces formulado por el que fue sagaz crítico de «El Correo Catalán». Si, tal vez, yo tenía, hasta sin proponérmelo fundamentalmente —como afirmaba el Dr. Barrera— a «aristocratizar las formas populares del idioma», mientras que Melendres tenía a vulgarizar las formas aristocráticas, algo sujetivas —habla todavía el Dr. Barrera— del «verso trabajado, la estancia retroquelada por la mente...»

Había en Melendres, de una manera singularmente apreciable, sobre todo en la primera larga etapa de su eclosión literaria, un cierto afán de dar con la palabra sorprendente por novedad o por desuso, de encontrar la imagen centelleante...

* * *

La primera manifestación lírica de mossén Melendres tuvo lugar precisamente en prosa, con la publicación, en 1933, del libro «La Muntanya de la Mirra», inspirado en los Misterios de la Pasión del Señor.

En libros posteriores, alternó la prosa con el verso. Fueron: «Partículas», «La Ruta iluminada», «El Llibre de la Mare de Déu», «Mater Dolorosa», «Peregrins del Senyor», «L'Esguard Meravellat», «La Llántia i l'Estel», «Laudes», «Fesomies de Joves», «Abraham, Pare Nostre» (to-

dos estos libros fueron reeditados, en 1948, en un solo volumen, bajo el título de «L'esharzer incandescent»); siguieron después: «Elegí del Turisme», «L'Hora de la Poesia», «Estampes Eucarístiques del Beat Pius X», «Els Grans Aventurers», «El Martiri de no ser Mårtir», «Poemes d'Alta Mar», «Tardor», «Esclat», «L'Esposa de l'Anyell» (Esglesiada).

Periodista por vocación, fue, durante 2 años y medio, Director en funciones y editorialista de la revista «Ecclesia», órgano oficial de la Acción Católica Nacional; fue colaborador de «El Correo Catalán» y del «Diario de Barcelona». En este último, todavía después de su muerte, apareció un artículo que había quedado rezagado en la Redacción, titulado, precisamente, «Requiem por un filólogo», artículo necrológico dedicado al eminente filólogo Monseñor Antoni Griera, entonces recientemente fallecido.

La muerte de mossén Miquel Melendres, acaecida en la Catedral de Tarragona —de cuyo Cabildo era miembro—, el día 11 de febrero de 1974, después de celebrada la Misa Conventual, en la que había predicado la homilia, nos hace recordar la muerte de aquel gran Sacerdote Poeta, Costa i Llobera, que cayó fulminantemente herido de muerte en el púlpito de «Les Tereses», de Palma de Mallorca, mientras estaba predicando el panegírico de Santa Teresa de Jesús, el día de la Fiesta de la Santa Doctora.